



Aurora Reyes

La máscara desnuda

(danza mexicana en cinco tiempos)

ROBERTO LÓPEZ MORENO

Cuando conocí a Aurora Reyes sentí que un pincelazo de Diego se había escapado de la tela o del muro y que de pronto estaba ahí, mujer del desierto de Chihuahua, con sus venas, sus latidos, sus ojos inundando la sala con la lectura de sus poemas contundentes; auténtica mujer mexicana con dos trenzas amarradas por encima de la cabeza como un “sol redondo y colorado como una rueda de cobre”.

Y es que en realidad, íntima amiga de Diego y Siqueiros, Aurora Reyes no era más que la prolongación, con faldas y con versos, del aliento de aquellos grandes muralistas; la poesía que generosa nos daba, sonaba a un tambor dentro de aquellos pechos en incendio, en armas, amotinados, vencidos y vencedores continuos, es decir, mencionaba a México en su más pura esencia.

Lenta, parsimoniosamente, dejaba caer, más bien, desgranaba el maíz de sus metáforas, los verbos de su poesía, de una fuerza y colorido idénticos a los de su pintura; porque Aurora también fue pintora (la primera muralista mexicana), un arma más que esgrimió con maestría para sostener sus ideas acerca del mundo y de su tierra. En sus palabras tomaba vida cada surco con sed que ella había pisado en su largo recorrido por los caminos polvorientos; A veces, como en su poema “A ti marimba” toda la lubricidad de la selva chiapaneca cabía en sus palabras.

Así fue como Aurora Reyes nos fue presentando a través de sus visiones poéticas la entraña viva de la patria, y fuimos

sintiendo la fatiga y la sed al caminar incansables bajo el sol agobiante del desierto y empezamos a nadar sobre las corrientes de los ríos o a vivir en medio del aroma de frutales inagotables.

La voz lenta, ondulada, de Aurora Reyes nos fue acercando desde entonces a lo mejor de nuestras raíces. En su poema “Epístola a Fuensanta” de su libro *Palabras del desierto* incluido en el tomo 3 de *Poetas Mexicanos* de la Federación Editorial Mexicana, nuestra poetisa nos acerca a los amores y afectos que palpitaban en la vena de Ramón López Velarde, en los que finalmente nos venimos reconociendo porque los suyos son también nuestros amores y nuestros afectos. Nos dice la escritora: “Todos están: vultúrido, zenzontle / y canario inocente,/ congregando en tu iris/ esa vital pasión ambivalente de ser azúcar y ser sal”.

Y agrega más adelante: “Fuensanta: tú conoces el mar, sabes que es menos grande y menos hondo/ que la hondura sin fondo del pesar./ Sabes que el territorio es un fino retablo/ que por treinta dineros se está llevando el diablo”. Para después sumar: “Fuensanta, dame todas las lágrimas del mar que el poeta sin patria ha de llorar./ A fuerza de perderte/ cada día te has convertido, amor, en lotería”.

Así, la voz nacional se va extendiendo sobre nuestro ánimo, como una minuciosa radiografía de nuestro interno geográfico y nuestros paisajes morales: en “Estancias del Desierto”, por ejemplo, nos dice lo siguiente: “Esqueleto del mar, puerto de ausencias/ Cauce desierto de la mirada;/ al amor infinito de tu música,/ raíz perdida, forma desolada./ Eres el rostro vivo de la muerte: sobre tu cuerpo, traicionado viaje,/ bajo tu piel mil bocas solitarias./ Polvo errante y sombra./ Abismo en celo./ Vena seca de olvido y de nostalgia,/

Muerde tu corazón lúgubre queja/... (En tibio lecho el agua de los mares nace amorosa el sueño de las barcas)".

Si los murales de Aurora Reyes como los que se encuentran en el Centro Escolar Revolución (antigua cárcel de Belén) y en el Auditorio del sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, no describieran con fuertes, con violentos trazos, si se quiere, todo el dramatismo de nuestro proceso social, de nuestro paso incierto hasta fincar nuestra verdadera nacionalidad, si no fuera denuncia, y la representación del abandono y la desesperanza rurales, del atropello y la imposición, se podría decir que este otro poema "Estudios en Otoño" es de las manos del artista, un mural de vida: "Piña,/coronada esmeralda./ ¡Clara niña!./ Tejocote de miel. Amigo rural. Pecas en la piel./ Fresas, coral camino./ Adolescente labios del valle/ tendidos al rocío./ Naranja,/ risa de oro./ en cada poro un sol te danza./ Lima, verde mujer./ Los varones del viento tienen sed./ Ciruela,/ señorita que se licua bajo la piel/ cuando el aire la roza sin querer./ Uva, tierno cristal./ Penumbra. En luz y en sombra tus ojos dicen el mar".

Para completar es de citarse su poema "A ti, Marimba" en donde expresa: "A ti, marimba, que abres/ una sonrisa de madera cálida/ al potro de la lluvia/ que galopa en tu pecho./ Tus fibras vegetales, que no olvidan / el llamado del agua,/ se pueblan nuevamente/ de cantos en oleaje./ Como cuando eras verde". Más adelante concluye el poema: "A ti ágil marimba,/ donde empieza y termina la danza de la selva,/ he querido decirte/ que, corazón adentro,/ tu música/ gotea".

La poetisa nació en Hidalgo del Parral, Chihuahua, sufrió y vivió con su pueblo, vocación que manifestó públicamente desde su paso por aquella Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, en la que militó, codo con codo, junto a intelectuales como Silvestre Revueltas, David Alfaro Siqueiros, Juan de la Cabada, Juan Marinello, José Mansicidor, José Revueltas, María Izquierdo y tantos otros que han sido definitivos en la revolución de nuestras manifestaciones estéticas. Uno de sus principales poemas es "Hombre de México", pieza de vital importancia que señaló el camino de la protesta político-poética buscado con ansia por los jóvenes poetas de aquellas generaciones.

Este poema fue leído ante Lázaro Cárdenas, a quien fue dedicado, y en los llanos ejidales en donde se dijo, la respues-

ta fue el estrépito de varias descargas de los campesinos, que con sus armas saludaban el poema.

He tratado de bocetar en rasgos muy generales la figura de Aurora Reyes antes de hablar de uno de sus poemas claves, "La Máscara Desnuda".

Infinidad de ensayos, de estudios profundos y someros, de comentarios chuscos y en serio, se han escrito acerca de la muerte en el mexicano. El tema ha sido abordado exhaustivamente por estudiosos como el maestro Samuel Ramos hasta el ensayista y poeta Octavio Paz pasando por especialistas como Aniceto Aramoni y otros. En los estudios sobre nuestro folklore es tema obligado, porque se quiera o no, es algo tan penetrado en nuestro pueblo que forzosamente se cae en él. En esas circunstancias nos encontramos a la muerte, ya como tema filosófico, ya como tema sociológico, o poético o vernáculo. Hablamos tanto de "Muerte sin fin" como de la calaca rumbera y petatera que va de feria en feria en busca de un gradador que dizque se llama don José Guadalupe.

De todos es conocido el que antes de que desembarcaran los españoles, las civilizaciones que habitaban estas tierras



José Antonio Tadeo

mantenían un especial culto a los muertos, manifestado en solemnes ceremonias que más tarde trataron de fusionar los conquistadores –y de hecho fue un logro para ellos– con los ritos cristianos. Para aquellas civilizaciones precortesianas la muerte era tan importante que constituía una nueva forma de vivir, una nueva fase del ciclo que daba principio con el perro que se encargaba de pasar a los muertos a través de un río de sangre, y era toda una rotación incansable porque el sol, el gran tlatoani al convertirse en Mictlantehcutli, amo y señor de las sombras del Mictlán, reino y reposo de los muertos, se lanzaba de cabeza, a la oscuridad únicamente para volver a salir de las entrañas de la tierra con la cara de Cipactli, la primera luz que todo lo ilumina, para volver a despertar al mundo, para volver a empezar.

Pero la muerte espera de nuevo, siempre ahí la muerte, presente en los 18 meses del año mexica, embadurnado con la sangre de los sacrificios divinos, el agua, el aire y la piedra de toda aquella construcción guerrera y religiosa, y también poética, como la metáfora pétreo de una Coatlicue bella y terrible, sin rostro aparente pero con las caras cinceladas de la vida y su sombra, de una Coatlicue dura y suave, esposa y madre de la deidad bélica.

Ya desde entonces señalaban los poetas: “¿Adónde iremos/ donde la muerte no existe?/ Mas, ¿por qué esto vivirá lloviendo?/ que tu corazón se enderece:/ aquí nadie vivirá para siempre. Aún los príncipes a morir vinieron,/ hay incineramiento de gente. Que tu corazón se enderece:/ aquí nadie vivirá para siempre/ Por fin lo comprende mi corazón: escucho un canto,/ contemplo una flor.../Ojalá no se marchite”. El mismo Nezahualcōyotl resuelve en otra parte: “¿A dónde pues iremos...?/ Enderezaos, que todos/ tendremos que ir al lugar del misterio...”

La iglesia católica, durante el proceso de mestizaje, largo y doloroso, como lo asientan las diferentes cronistas y como es fácil imaginar, hizo coincidir las diferentes fechas en las que los precortesianos celebraban inmolaciones y ofrendas a sus dioses con las fechas de los ritos cristianos. Surgió entonces que la civilización autóctona persistía abajo del nuevo ceremonial, seguía ahí, presente, debajo de cada piedra, atrás de cada montículo, en medio de cada rueda de danzantes, en el humo del copal y en la oración masticada a media voz. Fue así co-

mo empezó a surgir una nueva visión de las cosas, en medio de la confusión que produjo aquel caos del quinto sol en desplome: “Estrella del oriente/ que nos dio su Santa luz/ es hora que sigamos el camino de la cruz/ el camino de la cruz./ Revoleando el estandarte/ de la Malinche Isabel/ de la Malinche Isabel/. El rey Cuauhtemotzin/ de todo corazón tomó la disciplina/ para dar ejecución/ para dar ejecución/ Cuauhtémoc viene adelante y Carlos V con él”.

Una de esas viejas tradiciones prehipánicas que quedó con mayor fuerza arraigada en el corazón popular y que persiste hasta la fecha con su consiguiente barniz de cristiandad es el Día de muertos, que se celebra cada dos de Noviembre revestida con las características de la nueva religión. Hasta hace algunas decenas, esa vieja costumbre de adorar a los muertos y de ponerles ofrendas anualmente, en las que predominan el pan dulce, las calaveras de azúcar y los alimentos que gustaban a los desaparecidos y que se suponía esa noche regresarían a seguir paladeando, estaba revestida de un antañón misticismo, ahora en nuestros días, en las poblaciones más características por este tipo de festejos religiosos paganos, la fecha se ha convertido en un motivo más para el auge turístico, y en gran parte se monta el tinglado para los nuevos fines.

Pero actitud mística o turística, la muerte ahí está, en cada una de las células del mexicano, en cada ¡Viva México! en cada 15 de septiembre por 364 días de silencio; en cada volado, giro al cielo, en el que se pone en juego el día que aún no ha amanecido; en cada película de Jorge Negrete o Juan Orol o el Indio Fernández; en cada rosa que se abre como vientre ardiendo o en cada muerto que se muere nuevamente, para seguir viviendo de por vida con su muerte auestas.

Mucho se ha escrito acerca de que el mexicano ve con desprecio la muerte, se burla de ella y se va a danzear con la misma en el patio de vecindad de enfrente. Psicólogos reputados dicen también que ese aparente desprecio, que esa aparente burla, no refleja otra cosa más que el infinito temor que el mexicano siente por la muerte, debido a la falta de realización individual y colectiva, porque en estos casos la muerte lo sería todo... y nada más... definitiva.

Y mientras tanto, nuestra amiga, la muerte, se pasea por los empedrados de las calles rurales, con un grito alcohólico

en la garganta, un escupitajo desguarachado y una pistola amarrada en el cinturón; se recoge solemne entre los rezos de la solterona que habita un caserón de provincia; sale a la calle rodeada de estudiantes y pancartas y empieza a inventar Tlatelolcos históricos; sale por el humo del silbato de las ocho, de las factorías; se pasea en medio de la riña de cantina: “nos vamos a morir como Dios manda”, y recita los versos de “El Ánima de Sayula”, ordena las cuartillas escritas por José Revueltas y Juan Rulfo; se enreda entre los poemas de López Velarde y desde la punta de la Torre de la Latino, donde “cada hora vuela, ojerosa y pintada en carretela”, termina por mandarnos a todos al carajo... o a nuestra respectiva, individual y pequeña muerte. Y aquí está que los poetas, repepenan el tema de cada poro de la tierra en que nacieron y pisan, y cada quien es el arquitecto de su propia lírica muerte o mira a través del vidrio espeso o ralo de su ventana los estragos de la muerte en los cuerpos y en las cosas, y lo sienten y lo interpretan como les haya ido con ella, propiciando en esa forma, una diversidad de visiones sobre el mismo hecho.

Así tenemos cómo un Manuel Acuña se sumerge en sus reflexiones positivistas cuando contempla el cadáver cuyo cráneo en vez de ideas, una vez desposado con la tierra empezara a dar flores: “En tanto que las grietas de tu fosa/ verán alzarse de su fondo abierto/ la larva convertida en mariposa/ que en los ensayos de su vuelo incierto/ irá al lecho infeliz de tus amores/ a llevarle tus ósculos de muerto”.

Y en medio de esos cambios interiores/ tu cráneo, lleno de una nueva vida,/ en vez de pensamientos dará flores”. Uno de los más trascendentes poemas mexicanos con el tema de la muerte es éste, “Ante un Cadáver”, de Acuña, en el que establece su sentencia dentro de un materialismo mecanicista: “¡Miseria y nada más!, dirán al verte/ los que creen que el imperio de la vida/ acaba donde empieza el de la muerte./ Pero, ¡no! Tu misión no está acabada./ que ni es la nada el punto en que nacemos/ ni el punto en que morimos es la nada”.

Otro poema sobre el tema es “Muerte sin fin” de José Gorostiza, considerado como una de las más grandes obras escritas en México “muerte sin fin de una obstinada muerte,/ sueño de garza anochecido a plomo/ que cambia sí, de pie, mas no de sueño,/ que cambia la imagen/ mas no la doncellez de su

osadía./ ¡Oh inteligencia, soledad en llamas/ que lo consume todo hasta el silencio,/ sí, como una semilla enamorada/ que pudiera soñarse germinando,/ probar en el rencor de la molécula/ el salto de las ramas que aprisiona/ y el gusto de su fruta prohibida,/ ay, sin hollar, semilla casta,/ sus propios impasibles tugumentos”. “Muerte sin Fin” es un poema de reflexiones filosóficas, en él, Gorostiza se va de paseo con la metafísica, y empieza a escribir metáfora por metáfora, línea por línea, un poema logrado con la tinta más concentrada del cerebro, empieza a levantar toda una arquitectura erigida a la inteligencia: “¡Oh inteligencia, soledad en llamas/ que todo lo concibe sin crearlo!/ finge el calor del lodo, su emoción de substancia adolorida,/ el iracundo amor que lo embellece/ y lo encumbra mas allá de las alas/ a donde sólo el ritmo/ de los luceros llora,/ mas no le infunde el soplo que lo pone en pie/ y permanece recreándose en sí misma”.

Hay otro gran poema sobre el mismo tema: “Algo sobre la muerte del mayor Sabines” y aquí la muerte se pasea frente las narices del poeta, bailoteando sobre el cuerpo del padre canceroso, al que destruye, devora hábilmente; la muerte, aquí, en su manifestación más material: “No ha habido hora más larga que cuando no dormías,/ ni túnel más espeso de horror y de miseria/ que el que llenaban tus lamentos, tu pobre cuerpo herido”. En este poema Jaime Sabines encuentra la muerte en el cuerpo de su padre, en el cáncer, que le hace gritar desesperado “¡A la chingada la muerte!, dije,/ sombra de mi sueño,/ perversión de los ángeles,/ y me entregué a morir/ como una piedra al río, como un disparo al vuelo de los pájaros”.

Otras muertes hay en otros poetas, como la de Xavier Villaurrutia, bailoteando de espejo a espejo, recostada en los cojines y en el alfombrado de una burguesía media desahogada, preconizando con la muerte de su muerte, la muerte de ciertos hábitos propiciados por ciertos modos y sistemas de vida que la historia superará dándoles fin definitivo. Pero también hay muertes marineras como las de Juan Bautista Villaseca: “dicen que la muerte besa todo lo que se nos va,/ libro abierto, muro roto,/ ¿qué es lo que esperan los puertos que no caminan al mar?”.

Los poemas “Algo sobre la muerte del Mayor Sabines” y “Muerte sin fin”, son sin duda, los más representativos de

nuestra poesía acerca de este tema, sin excluir la décimas de muerte de Xavier Villaurrutia y algunos poemas de López Velarde y Efraín Huerta, así como “Ante un cadáver” de Manuel Acuña. Pero si partimos de la base de que los dos grandes poemas citados, los clásicos por así decirlo, se sustentan, uno, en consideraciones filosóficas, el agua (el alma), el vaso que le da forma, (Dios), la vida, la muerte sin fin, y el otro, en la descripción muy particular del deceso de un ser amado, nos encontramos con que si queremos hablar de una poesía mexicana de la muerte, de una auténtica poesía mexicana de la muerte, habría que buscar otro poema, tan grande como los mencionados, pero cuya construcción tuviera en sí la savia y las palpitaciones de nuestros mitos y de la piedra oscura y silenciosa de la que estamos hechos.

Ese poema está escrito desde hace mucho tiempo, se trata de “La Máscara Desnuda”, y he aquí que la figura de Aurora Reyes se nos vuelve a presentar, sobria, transparente, con sus trenzas amarradas por encima de la cabeza como un “sol redondo y colorado como una rueda de cobre” y con su “ídolo de piedra entre los brazos”.

El poema es de una profunda mexicanidad, plasmada en 140 versos por donde transitan con dolencias y dulzuras la

vida y la muerte mexicanas, la vida en la muerte, y la muerte en sí misma, canto macabro y bello, acariciante y estremecedor, “Danza mexicana en cinco tiempo”, otra vez Coatlicue en el centro de las hogueras verbales:

Porque tu larga mano que mide las raíces
habita una semilla de tactos estelares,
un útero infinito que repite la vida
en las arquitecturas del sueño y la armonía.

Porque en la superficie hay un hijo que crece,
un árbol que culmina, una palabra nueva y solidaria,
un testamento activo, una noticia
para la libertad y la belleza.

De este gran poema dijo el maestro Arqueles Vela:

“Los fenómenos de la vida interior, el sentimiento de lo que no llega, la noción del mundo que acaba en las mismas cercanías de la existencia, se convierten, en la poesía de Aurora Reyes, en una conciencia de su yo, en la identificación de sí misma, como en la reversión de la realidad que se adentrara hasta lo desconocido de su propia entraña; en los litorales en donde aún las soledades y angustias aparecen con la contextura del agua que se petri-



Perla Estrada

fica y del fuego que se quema y de la tierra que se eterniza en polvo... Es la imagen de sí misma que se multiplica en el infinito”.

Otro escritor, Juan de la Cabada, opinó:

“Aurora Reyes no es una literata. Aurora Reyes es una poeta. Todo poeta es un destino. Creo que “La Máscara Desnuda” -este poema suyo- evidencia esa inmanente identidad de lo que un destino contiene de simbiosis sustantiva entre las realidades de una vida y la mágica imagen que con su voz denuncia la presencia del poeta”.

Pero volvamos al inicio de “La Máscara Desnuda”:

Apareces de golpe dentro de mí, dorada
por un oro manchado de musgo verdinegro.
Ola petrificada del árbol de la vida
creciendo y apretando la sal del esqueleto.

En lo más entrañable de mi ser ejecutas
las invisibles líneas del rostro verdadero,
entregando al proyecto sin límite del polvo
las columnas del vuelo.

¡Que perfecta y antigua simetría,
que congelada actividad te anuncia,
que inerte dimensión te identifica!

Comprendo la serpiente vertebral de la danza
prisionera en el eje de su reino vacío,
la angustia del compacto poder con que se anuda
a su tallo, la ausencia dura del equilibrio.

“La Máscara Desnuda” es para otros:

“Poesía del pensamiento, poesía cerebral, fuerte en su articulación, de hondura, de dimensión filosófica y con recia nervadura indigenista y savia ancestral. Con colores sustantivos: uvas doradas, verdinegro, nomeolvides, vestido amarillo, etcétera, que más que rima es música y color, más que palabra estática es piedra estremecida de antiguas resonancias... Teponaxtlí y pirámide... que en su base es amplia y sólida y en la altura descubre con sus líneas firmes y convergentes los planos que en su vértice son un punto geométrico de luz y color, de matemática pura que corona el sol...

“En este ascender, descubrir y redescubrir la realidad profunda y la esencia concentrada de los siglos se identifican, cultura y esqueleto, fósiles y arqueología”:

He tocado los altos escalones de niebla
que presiden la noche de tu templo iracundo,
he escuchado el molino que mastica el silencio
que es como alimentarse la muerte de sí misma,
he alcanzado tu frente coronada de cráneos
bajo el signo desierto de un abrazo de piedra.

De pronto aparece el ritmo, la danza más marcada de sí misma y la poetisa ofrece a la muerte en el papel del verso, un punto de identidad ya establecido en el papel de la realidad, dame muerte tu copa, toma muerte la mía.

toma muerte esta copa de luto
derramada en el río salobre:
la tendrás que llenar con tu nombre.

Dame muerte tu máscara blanca.
Quiero ver por tus ojos de abismo
que hay un niño detrás de tu cara.
Toma muerte mi copa quebrada...

Y Aurora Reyes, siempre tan mexicana, siempre tan poetisa, siempre tan ella, no hubiera podido concluir su poema en otra forma:

Yo vestiré mi muerte de amarillo
con camisa de sal y ojos de uva,
adornaré su pie de cascabeles
y la coronaré de nomeolvides.

Aquí, sobre tu trono de oropeles
y tu manto de larvas y lamentos:
¡Mira la vida, mírala de frente!
Calavera de azúcar, dí: ¿Quién eres?

Después, en la última cuarteta, nos presenta el cadáver del sol hecho pedazos. ☞

La biblioteca de David recomienda ...

DAVID FIGUEROA

Estambul. Ciudad y recuerdos. Para todos los amantes de las costumbres de países asiáticos como Turquía, llega esta obra de una exquisitez genuina, dialéctica entre lo estético y lo ruín de una cultura que muestra su decadencia después de haber sido un imperio consumado.

Orhan Pamuk relata una biografía que nos lleva de lo cotidiano a lo sagrado, lo trivial y lo elegante de una civilización que quiso occidentalizarse y murió en el intento; su origen, sus grandes raíces, que la llevaron a ser lo que el autor mira “con ojos de extranjero”, como triste, melancólica y, en muchos casos, rica en ayerés aunque pobre en avances tecnológicos.

El hilo conductor de la historia, sin duda, el origen de la familia Pamuk así como el nacimiento y desarrollo de la vida infantil, juvenil y casi madura, de Orhan Pamuk.

Su gusto por la pintura y la literatura turca; del engrandecimiento y caída de Constantinopla a los constantes viajes por el Bósforo; de la clásica *Enciclopedia de Estambul* al pleito entre hermanos; de la relación familiar al encuentro con el primer amor. Eso es Estambul.

Un viaje por el Bósforo y el paisaje consolador de una ventana hacen de los días una verdadera genialidad de lo novedoso en la vida del joven Pamuk. A través de los recuerdos, revive una Turquía perdida en el tiempo. Ese Estambul perdido y que sólo los propios extranjeros -a decir del autor- ven y que ningún ciudadano turco puede y quiere ver: la realidad de una ciudad inmersa en sí misma.

La llegada de ese gran amor inmortalizado en lienzos que poco a poco va forjando un recuerdo inolvidable, ayudan a que el joven Pamuk olvide, de momento, los consejos que su abuela y las charlas que con su madre tuvieron lugar. Esta parte “humana” del autor por entremezclar lo moral, lo fami-

liar, lo amoroso y, por qué no, lo religioso, dan a esta obra un fuerte distintivo digno del Premio Nóbel de Literatura 2006.

Todo comienza en un polvoriento departamento y termina en el papel que juega Estambul y Turquía en un mundo cada vez más radical orillado a la fuerza por las exigencias económicas de las diversas épocas y por la globalización e imposición de las potencias occidentales.

Muchos escritores pueden hacer biografías sobre la ciudad en la que vivieron y en la que descubrieron su inclusión en el mundo; Pamuk no sólo es el reflejo mismo de un pueblo engrandecido por la historia, es un ciudadano del mundo, es un autor que plasma, sin dificultad alguna su pluma y permite al lector ese sentimiento de pertenencia que pocos logran.

La memoria y la narrativa son únicas. Ambas, permiten que las obras de Pamuk permanezcan no sólo en el recuerdo de los lectores sino en ese devenir mundial en el que la otredad poco a poco se funde con la vida cotidiana y deja de ser algo diferente, algo sublime, algo pintoresco. ¿Qué es la memoria sino un cúmulo de recuerdos y experiencias a lo largo de nuestra vida? ■

Estambul. Ciudad y recuerdos. Orhan Pamuk. Literatura Mondadori. 2006, 436 pp.



Del Prado

mesita DE noche

P A T R I C I A Z A M A

Venecia, asunto familiar

Cito a Jerry James: "Venecia es de todas las ciudades del mundo la más fácil de visitar sin ir allí... Nada se puede añadir al tema. Todo el mundo ha estado allí y ha vuelto con una colección de fotografías. Existe tan escaso misterio sobre el Gran Canal como sobre la calle en que vivimos y el nombre de San Marcos resulta tan familiar como la llamada del cartero. No está sin embargo prohibido hablar de asuntos familiares para el auténtico enamorado de Venecia". Y entonces el autor se da el permiso de divagar sobre esta mítica ciudad.

Muchas huellas de Venecia aparecen en la vasta obra de James (1843-1916), el más europeo de los escritores norteamericanos, pero aparte escribió textos exclusivamente sobre los venecianos y esa ciudad que visitó en varias ocasiones entre 1869 y 1907. Publicó esos artículos que no son ni ensayos ni crónicas, sino como cuadros impresionistas, en diversas revistas de su época. Ahora la editorial española Abada reúne

cinco de esos textos en un volumen tan delicado y elegante como la prosa de James: *Horas venecianas*, con "Primeras impresiones", "Venecia", "El Gran Canal", "Dos viejas casonas y tres muchachas" y "La casa Alvisi" que, con un amplio prólogo del traductor, Miguel Ángel Martínez-Cabeza, componen el volumen de 180 páginas.

James fue un visitante privilegiado, de la que llamó "La ciudad de la conversación". Huésped de la realeza, tuvo oportunidad de contemplar la ciudad desde los balcones de hermosos palacios privados y desde allí admirar la luz color de rosa y los mármoles deslavados. Y aunque desde sus primeras frases consigna que "a pesar de las cosas de-



Rruizte

sagradales que hay en Venecia, no hay nada tan desagradable como los visitantes”, da un consejo al viajero: “Cuando hayas pedido la cuenta para marcharte, quédate y verás a la mañana siguiente que estás profundamente unido a Venecia”. Buena parte de las palabras de James están dedicadas a la obra de Tintoretto, su predilecto en el arte veneciano, luego Tiziano, Veronés y Bellini. También habla del carácter alegre de la gente: “Hacen falta muchas cosas para producir un norteamericano satisfecho, pero hacer a un veneciano feliz sólo requiere un puñado de sensibilidad despierta”, dice.

Para visitar esa ciudad de “pícaros apuestos”, James recuerda que “mayo es mejor que abril, aunque junio es el mejor mes de todos”. *Horas venecianas* es un libro que se lee por puro placer, porque con su prosa el autor sólo se ha propuesto “proporcionar un estímulo a la memoria del lector”.

Un Nóbel en guerra por las ballenas

El Premio Nóbel 2008, el francés Jean-Marie Gustave Le Clézio (68 años) dijo que su mensaje es que se sigan leyendo novelas “porque son un gran sistema para entender el mundo, un modelo no esquemático, que permite hacerse preguntas”, también declaró que no hay choque de culturas en el mundo sino un poder central, industrial y tecnológico al que se resisten las diversas culturas. Recomendó su libro *Pavana* (1992) en el

que narra un combate contra la Mitsubishi que pretendía instalar una fábrica de sal en una zona de Baja California Sur adonde llegan las ballenas grises a parir, y “conseguimos impedirlo”. También dijo que escribe novelas porque es incapaz de escribir sus memorias y que sólo es un escritor y un testigo, que no pertenece a ninguna corriente. Jean-Marie Gustave Le Clézio vivió doce años en México y en otros lugares y ahora vive en Albuquerque, Nuevo México. El premio está dotado de 1.4 millones de dólares. Por su parte, el jurado del Premio Nóbel de Literatura teme que el nombre del ganador se haya filtrado antes de darse a conocer oficialmente, porque hubo “una sorpresiva cantidad” de apostadores que escogieron al autor francés.

Del compadreo en los premios

“Si algún día ves que me dan un premio de belleza piensa que hay compadreo”, declaró Fernando Savater al ganar con su novela *La hermandad de la buena suerte* el Premio Planeta 2008 con una bolsa de unos nueve millones de pesos “pero de los premios que me den por escribir bien puedes pensar que están bien dados”. Y no es por desconfiar, pero desde que Camilo José Cela reveló cómo se asignaban los premios Planeta, usando el supuesto concurso como una cortina de humo, el prestigio de ese y otros premios se fue al infierno.

El género de géneros

Carlos Fuentes dijo que la verdadera identidad iberoamericana se llama

imaginación literaria y política, social y artística. “Creamos porque imaginamos”, puntualizó. “Imaginamos para crear”. En su discurso de aceptación del Premio Internacional Don Quijote, dotado de 25 mil euros y de una escultura titulada “La Lectora”, de Manolo Valdés, dijo también que Cervantes unió todos los géneros literarios previos (épica, picaresca, novela de amor, relato pastoral) para crear un género de géneros, abarcador, incluyente, en el que tuviesen cabida todos los sueños, las memorias, los deseos, las imaginaciones, las debilidades y las fortalezas del ser humano. El premio lo recibió también el presidente de Brasil, Lula da Silva.

Periodista-escritor amenazado por la mafia italiana

Roberto Saviano, de 29 años, escribió hace dos años el libro-reportaje *Gomorra*, en cuyas páginas se hacen revelaciones sobre la mafia italiana. El libro fue hecho ya obra de teatro y película. Pero los mafiosos han urdido un plan para matarlo en uno de sus viajes Nápoles-Roma, a pesar de que lo custodian cinco carabinieri. El periodista posee un apartamento en Roma pero en Nápoles tiene que dormir en un cuartel de policía porque nadie le da hospedaje ante el temor a un atentado. Le aconsejan que viaje fuera del país pero él se niega a aceptar el chantaje. La policía cree que está mejor protegido en Italia que fuera porque la mafia tiene ramificaciones por todo el mundo. En los últimos meses ha matado a 18 personas en la región.

La criatura más perfecta
“La mujer es la criatura más perfecta de la naturaleza”, declaró el poeta Rubén Bonifaz Nuño (85 años de edad) luego de donar al Museo del Escritor, en la Fundación René Avilés Fabila, un chaleco, una leontina con reloj de oro y el original manuscrito de su poema “Los demonios y los días”.

Tolstoi sobre Tolstoi

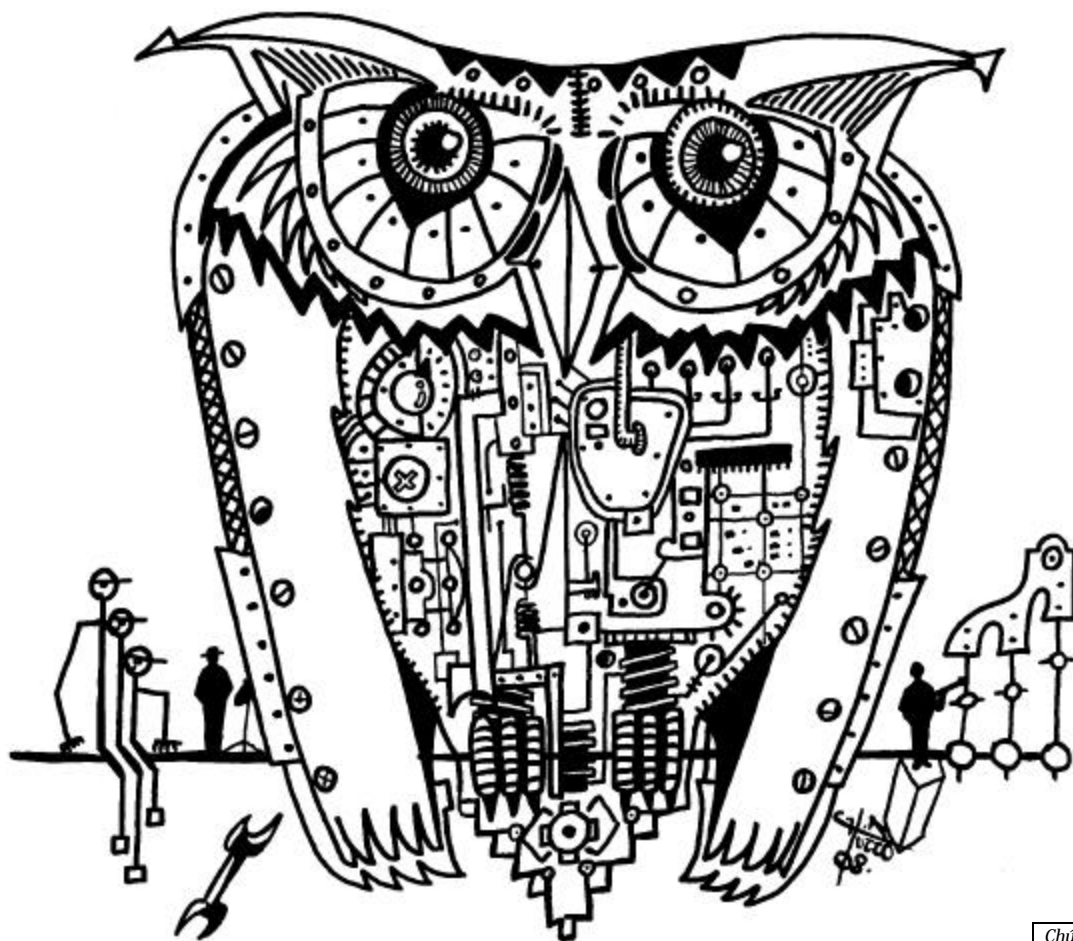
En sus cartas, León Tolstoi (1828-1910) hablaba horrores de sus novelas porque estaba ya en otro momento de su vida, según ha explicado Selma Ancira, responsable de la edición de *Correspon-*

dencia (Acantilado) del autor ruso. En esas cartas, Tolstoi se refiere a *Ana Karenina* como “aburrída y trivial”, mientras que de *Guerra y paz* afirma que le resulta “repugnante”.

Una constante histórica de violaciones

La escritora Joanna Bourke (Nueva Zelanda, 1963) declaró que en la década de los 70 uno de cada cinco violadores denunciados salía del juicio a la cárcel, pero cuarenta años después sólo uno de cada veinte es condenado. Autora del libro *Rape* dijo sin embargo que no hay una constante histórica de violaciones,

lo cual la hace “imaginar sin dificultad un mundo sin perpetradores de la violencia sexual”. Respecto a otro libro *Sed de sangre* (Crítica) Joanna Bourke comentó que las mujeres forman 40 por ciento de las Fuerzas Armadas norteamericanas. Pero nada ha variado, incluso ellas no reclaman concesiones. “Los soldados americanos pisoteaban con sus botas a los prisioneros iraquíes y los violaban con tubos de neón”, reveló. “Las mujeres soldados preferían humillarlos con unos lentos estriptises o echándoles encima de la cara sus líquidos menstruales...” La entrevistaron para *El País Semanal*. ■



Chúzzo

Imperio silencioso

MAGDA RESCENDIS

*Es importante ayudarnos entre escritores
y dejar de destruirnos entre mafias.*

MARÍA LUISA MENDOZA

Entre la calma que provoca el suave sabor de un Moka, se fueron despejando cada uno de los momentos de ansiedad. ¿Qué tono de voz se debe usar ante la mujer que se admira? El único que se posee ante la presencia de un sueño.

Una amable señora anunció mi llegada, –Ya llego la entrevistadora– dijo, mientras un perro jugueteón se postraba en mis piernas. Recargado sobre una maceta hay un reconocimiento a la China Mendoza por su enseñanza periodística, otorgado por *El Sol de México*. Una gran cantidad de artesanías y pinturas adornan la casa. Al subir las escaleras me encontré con un retrato de María Luisa Mendoza y otras obras que después ella misma me mostraría. Me saludó afectivamente, como si fuéramos amigas de un pasado reciente. Vestida de negro y con una sonrisa sincera me guió a una parte de su estudio. Me pidió que fuera breve porque tenía que terminar su columna para *Excélsior*.

Para una mujer que ha ejercido su labor literaria en el periodismo y la literatura ¿Cómo se definen estas disciplinas?

El periodismo es el horizonte, es el mar, nunca se acaba. La literatura es la intimidad que se comparte.

¿Es el periodismo literatura?

Por supuesto que sí. Sin embargo, escritores como Leduc, Salvador Novo y el mismo Hemingway no lo consideran así. Hemingway lo señala como la prostituta de la literatura. No

hay nada que discutir, el periodismo es literatura. Hemingway, Norman Mailer, Capote, etcétera, lo hacían a pesar de negarlo, al revisar sus textos te das cuenta de que son literatura. Truman Capote hace literatura en su libro *A sangre fría*. Los monólogos son producto de la literatura, al igual, que las entrevistas que realizó para poder contar una historia tan cruel. Mi libro, *Con él, conmigo, con nosotros tres*, es una crono-novela porque cuento lo que viví en Tlatelolco, antes y después del 68. Muchas de mis obras se basan en fotos periodísticas. El periodista y el literato, como tú los llamas, para mí son escritores; es decir, son lo mismo. Ambos manejan la escritura, la palabra, sin diferencia alguna.

¿El periodismo y la literatura gozan entonces de la misma libertad?

Como periodista ejercí la libertad que brinda el periodismo y la literatura. Hay periodistas que no escriben ciertas cosas, por falta de libertad, pero es uno mismo quien se censura. Yo soy una mujer libre, soy católica y priísta, y no me da vergüenza. Soy una escritora orgullosa de su obra literaria porque escribo en forma original y valiente.

¿Cómo es ese paso del periodismo a la literatura?

No me fue difícil pasar del periodismo a la literatura porque tengo una buena prosa, la lectura constante me permite ser buena escritora. Desde pequeña fui una gran lectora, comencé en la biblioteca clásica de mi padre. Era un hombre inteligente y honesto, yo tengo mucho de sus genes. No puedo esperar en el consultorio o ir en el auto sin un libro. Leo todo el tiempo, me agrada Rulfo, Martín Luis Guzmán, Tolstoi, Garibay y admiro como a nadie a Sor Juana Inés de la Cruz porque hasta ahora no hay ni hombre ni mujer que se iguale a su grandeza literaria. Como periodista superé los lugares comunes, los ando y los iendo.

¿Qué le ha brindado el periodismo?

El periodismo me llevó a conocer casi todo el mundo, como enviada especial, fui a China, Japón, la URSS, etc. Soy una mujer enferma y con el periodismo me he curado. Por la mañana leo tres periódicos: *Excélsior*, que es el mío, *Milenio* y *La Jornada*. Un periodista debe estar bien informado pero no por la televisión, que sólo da semillas, sino por el periódico que siempre da información extra.

¿Cuál es su opinión de la crítica literaria en nuestro país?

La crítica literaria no existe en México. Es una injusticia que mi obra sea menguada por los que se llaman así mismos críticos. Se me ha negado tres veces la Beca del Centro Mexicano de Escritores. Las dos veces que me fue otorgada una beca (Centro Mexicano de Escritores y del FONCA) generé dos grandiosas novelas: *Con él, conmigo, con nosotros tres* (1971) y *De amor y lujo* (2002).

¿A quién le hubiese gustado entrevistar?

Entrevisté a John Dos Passos, Marcel Proust (que contaba con monosílabos y no me agradó porque así no se puede), etc. Me hubiera encantado entrevistar a los Beatles. A veces sueño con Harrison y en mis sueños lo entrevisto.

¿Qué deseo no cumplió María Luisa Mendoza?

Ser hombre. Hubiese deseado ser hombre para ser muy importante y enfrentar físicamente a los que me han agredido (jajaja). Admiro la figura masculina, cómo habla, cómo se ve, cómo se mueve y cómo conduce su nave espacial para llegar por carretera hasta la ciudad de Puebla.

En retrospectiva, puedo asegurar que me he casado con quien he querido, soy amiga de quien quiero, dejé a mi lado a quienes he querido y también dejé que se marcharan quienes quise. Cuento mis amigos con una sola mano porque después de ser diputada federal por mi estado, algunos intelectuales, periodistas, etc., no me lo han perdonado. Tengo un compañero porque soy una mujer que no nació para estar sola.

Después de conversar casi una hora, le di las gracias por otorgarme una entrevista tan amena. Ella tan amable y educada, toda una dama, buscó una revista y un libro que deseaba obsequiarme. En su recámara tiene pinturas de la virgen de Guadalupe que le ha obsequiado Carmen Serdán, su hermana,

como ella la llama. Una pintora a la cual escribe "Tris de Sol". Su casa está tapizada de pinturas, reconocimientos y buen gusto. Tiene algunos retratos, entre ellos, uno majestuoso del maestro Ocampo. Es la casa de una mujer católica, culta e inteligente, que no ha gozado completamente del reconocimiento que se merece. Es parte esencial de cualquier diccionario de escritores. Aquel diccionario de escritores que no tenga su nombre en el índice, debe ser digno de venderse en cualquier vagón del metro por diez pesos, y no en una librería, porque su obra la ampara como una gran escritora. Su obra ha sido traducida al inglés, al italiano y al alemán. Visualicé discretamente cada espacio de su casa, los reconocimientos, premios y pinturas son el mejor tapiz que la cubre. No queda espacio en blanco, no hay una pared libre de reconocimientos a su trabajo. Gracias a la China Mendoza por su ejemplar trayectoria. ■



Jusue